

Charlas Cuaresmales 2006. Diócesis de León
“La espiritualidad de comunión”. León, del 6 al 11 de marzo de 2006

Movimientos y asociaciones en la comunión de la Iglesia

Antonio Cartagena

*Secretario Técnico de la Comisión Episcopal de Apostolado
Seglar de la Conferencia Episcopal Española*

Conferencia pronunciada el 9 de marzo de 2006 a las 20:00 h. en la
iglesia de Nuestra Madre del Buen Consejo (PP. Agustinos) de León

Nuestra reunión hoy y aquí es para tratar de los movimientos y asociaciones en la comunión de la Iglesia, sobre lo que hay una rica experiencia y una abundante doctrina magisterial, pero no queremos hablar de un tema sino introducirnos plenamente en el corazón del cristianismo, para ello una ayuda y regalo excelentes es la reciente encíclica del Papa Benedicto XVI *Deus caritas est*, que dice al principio "Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida".

Las asociaciones y movimientos tradicionales y los nuevos movimientos son eclesiales por origen, vida y misión. Nacen en la Iglesia, viven en ella y son para la misión que tiene encomendada en el mundo. La autosuficiencia de cualquier grupo cristiano respecto a la Iglesia constituye un suicidio eclesiológico.

Después del Vaticano II lo ordinario es que todos los carismas estén sometidos al Papa y a la Iglesia universal, mediante la Iglesia particular. La libertad y pluriformidad de los dones del Espíritu Santo son fuente de autonomía y, al mismo tiempo, de comunión, porque la diversidad carismática nunca fue en la Iglesia obstáculo alguno para la unidad, en la perspectiva paulina¹ Es precisamente esta comunión la piedra de toque para probar la autenticidad de los carismas y, por consiguiente, de los antiguos y de los nuevos movimientos².

La comunión tiene tantas direcciones como sujetos comunicantes. En la comunión eclesiológica la orientación es doble: de los movimientos hacia los pastores y de estos hacia aquellos. Alteridad y reciprocidad expresadas en el eslogan «Cordial acogida y humilde inserción», sacado de la carta encíclica de Juan Pablo II *Redemptoris missio*, en la que el Pontífice, dirigiéndose a los nuevos movimientos, les dice que para que sean considerados como verdaderos dones de Dios a la Iglesia han de darse dos condiciones: «Ser acogidos cordialmente por obispos y sacerdotes», e integrarse «con humildad en la vida de las Iglesias locales»³.

El Papa se sitúa en la perspectiva eclesiológica del Vaticano II, por la que la comunión con la Iglesia universal se da a partir de la Iglesia particular, en la que «verdaderamente está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica»⁴.

¹ Cf 1 Cor 13,4-13; Ef 4,7.

² JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en el Congreso Mundial promovido por el Pontificio Consejo para los Laicos*, Ecclesia 2898 (1998).

³ RMI 72.

⁴ CD 11; ChL 25.

El legítimo derecho de asociación, propio de los cristianos laicos, reconocido por el Concilio y el nuevo Código de Derecho Canónico, ha de ser siempre ejercido en comunión con la Iglesia, como «algo esencialmente relativo a la vida de comunión y la misión de la Iglesia»⁵.

A su vez, los pastores no pueden «cerrar los ojos a esta realidad, no abrirles las puertas es suicida a la par que inútil»⁶. Merece la atención de toda la Iglesia, de todos y cada uno de sus miembros, comenzando por los pastores⁷.

La comunión eclesial de los nuevos movimientos se estudia a continuación en tres apartados:

- 1.- Con la Iglesia universal desde la Iglesia particular.
- 2.- Con las parroquias.
- 3.- Con los movimientos entre sí.

1. Con la Iglesia universal desde la Iglesia particular.

En general puede decirse que la jerarquía ha valorado a los nuevos movimientos positivamente, sin embargo, los posibles recelos han sido ampliamente superados por el magisterio de Juan Pablo II y también de los obispos.

El Papa no sólo los reconoce como «una valiosa aportación a la dinámica vital de la única Iglesia», sino que, además, son para él «una multiplicidad vivida en la unidad de la fe, de la esperanza y de la caridad, en obediencia a Cristo y a los pastores de la Iglesia»⁸.

La obediencia es la virtud de la comunión, y esta es para los movimientos, en cuanto carismas, «La necesaria garantía» del camino que recorren, porque aunque la jerarquía no tiene el monopolio de los dones del Espíritu, sí posee el carisma del discernimiento y de la ordenación de estas gracias al bien común del

⁵ ChL 29; cf CD 11; AA 19; LG 37.

⁶ S.Martín; ABC (11 de noviembre de 1995).

⁷ JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en el Congreso Mundial promovido por el Pontificio Consejo para los Laicos*, o.c.

⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en el Congreso Mundial promovido por el Pontificio Consejo para los Laicos*, o.c.

pueblo de Dios. Un carisma no puede ser considerado de origen divino si no está ordenado a la comunión y a la unidad, porque «hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo» (1Cor 12,4).

La Conferencia Episcopal Francesa ofreció en 1999 unas orientaciones muy concretas a los movimientos, relacionadas con la Iglesia diocesana⁹.

a) Sobre el testimonio. «La primera misión de los movimientos es el testimonio, y a ellos toca recordar activamente esta exigencia en el ámbito de toda comunidad cristiana. Ello implica que se les considere agentes auténticos de la misión, y como tales se les invite a participar en los consejos pastorales».

b) Sobre la comunión misionera. Piden a los movimientos que se inserten lo más posible en la comunión de la Iglesia diocesana, pero sin perder su carácter original, porque desde sus características específicas enriquecen a la Iglesia diocesana y pueden incluso participar, además de en la vida diocesana y en sus proyectos pastorales, en la acción de reestructuración de las parroquias en las que muchas diócesis están empeñadas.

c) Sobre otros aspectos prioritarios. Para su formación los movimientos, además de su formación específica en el propio movimiento, han de participar también en las estructuras de formación previstas por las diócesis en los aspectos bíblicos, teológicos y pastorales.

d) Por último, la inserción en la iglesia universal desde la Iglesia particular puede ser realizada de acuerdo con los criterios de eclesialidad de la *Christifideles laici* (n.30).

La comunión con la Iglesia es un signo de madurez cristiana, que no se alcanza de una vez para siempre, ni es plenamente satisfactoria desde el principio. Es un proceso que hay que hacer. Un camino que recorrer. Una meta a alcanzar por etapas.

A la hora de hacer realidad la comunión en esta dirección conciliar existe una serie de dificultades, torpezas y acusaciones por parte, unas veces, de los mismos movimientos, y otras, de los pastores de las Iglesias particulares, que es necesario corregir por el bien de todos.

⁹ *Orientaciones Pastorales de la Conferencia Episcopal Francesa* (noviembre de 1999).

Los movimientos, según algunos obispos que participaron en el Seminario convocado por el Pontificio Consejo para los Laicos, la Congregación de los Obispos, y de la Doctrina de la Fe, celebrado en junio de 1999, en su aspiración universalista prescinden con cierta frecuencia de las diócesis como comunidades de obligada referencia inmediata, en las que la comunión con los obispos es del todo necesaria, ya que ellos son principio y fundamento de la unidad en la verdad y en el amor¹⁰.

Tan fundamental es para los nuevos movimientos la comunión con la Iglesia particular que sin ella se exponen a desaparecer Juan Pablo II, en una conferencia internacional de responsables de Renovación Carismática en 1981, les pidió que tomaran la iniciativa para construir lazos de confianza y cooperación con los obispos, porque es una lección de la historia que sólo las renovaciones que aceptan la estructura de la Iglesia logran sobrevivir¹¹.

Los obispos, por su parte, han de ser pacientes y ayudar a los movimientos a hacer el recorrido hacia la plenitud de la madurez eclesial, acogiéndolos en las estructuras diocesanas, como les pide el Papa¹², acercándose a ellos para conocerlos mejor en su vida, espiritualidad, acciones, metodología, compromisos apostólicos, para discernir su mayor o menor apertura y comunión y ofrecerles las orientaciones precisas: A ellos corresponde, en virtud de su identidad episcopal, la plenitud de responsabilidad en la Iglesia particular que presiden de manera ordinaria, plena y propia en nombre de Cristo, salvaguardando así su arraigo apostólico¹³ en cuanto fundamento visible de la comunión y centro obligado de la responsabilidad y de la colaboración de todos, así como los «perfeccionadores» de todos los miembros del pueblo de Dios, cristianos laicos, consagrados y ordenados, por la plenitud del sacramento de la imposición de manos.

2. Con la parroquia.

Con la parroquia y la Iglesia particular sucede algo análogo a lo que pasa con los obispos y los presbíteros. Los obispos son más importantes sacramentalmente, en cuanto sacerdotes de «primer

¹⁰ Entrevista a Mons. César Franco, Obispo auxiliar de Madrid. *Cordial acogida, humilde inserción; Cardenales y Obispos reflexionaron sobre los movimientos eclesiales y nuevas comunidades*, Ciudad Nueva 357 (agosto-septiembre de 1999).

¹¹ C. O'DONNELL, *El Neopentecotalismo en América y en Europa*, Concilium 181 (1983).

¹² Cf RMI 72.

¹³ Cf LG 21,23,25-27 ; CD 4,,6,8 ; CIC, can 336.

grado», que los presbíteros, sacerdotes de «segundo grado»; pero estos superan a aquellos en popularidad y cercanía al pueblo. La parroquia, aunque no es comunidad eclesial completa, como lo es la diócesis, es, sin embargo, más próxima al hombre, junto al que vive en vecindad. Es «la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas»¹⁴.

Si la parroquia es una comunidad tan cercana y próxima a todos, el divorcio parroquia-movimientos es inconcebible. Son dos realidades llamadas a entenderse, a ensamblarse en la vivencia de la fe y en el trabajo pastoral, no ciertamente de manera unívoca y uniforme, pero sí en coherencia eclesiológica complementaria, para el crecimiento armónico y equilibrado de la Iglesia, a lo que contribuyen con la aportación de los propios dones¹⁵.

Tan necesaria es la coherencia eclesiológica entre las parroquias y los nuevos movimientos (la da por supuesta en los tradicionales), que sin ella, dice el cardenal Ratzinger, sabiendo bien lo que dice, los nuevos movimientos pueden convertirse en sectas y las parroquias quedar entumecidas¹⁶.

Este tema es vital y de máxima actualidad.

2.1. La parroquia en la Iglesia particular.

La Iglesia universal se convertiría en una abstracción si no tomara cuerpo en las Iglesias particulares o diócesis¹⁷. Esta es una «porción del pueblo de Dios que es confiada a un obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que, unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular, en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica»¹⁸.

En la diócesis se inserta la parroquia, que viene a ser como una célula viva de aquella, a través de la que se integra en la Iglesia universal. Una parroquia cerrada a la diócesis pierde eclesialidad, capacidad evangelizadora, no es Iglesia de Jesús, y su seno maternal queda estéril.

¹⁴ ChL 26.

¹⁵ CF Ef 4, 7-16.

¹⁶ J. RATZINGER, *La sal de la tierra. Cristianismo e Iglesia católica ante el nuevo milenio*, Palabra, Madrid.

¹⁷ Cf EN 62.

¹⁸ CD 11.

La integración en la Iglesia particular de la parroquia ha de manifestarse necesariamente en la comunión con el obispo, pastor de ella, y con las instituciones de las que se sirve: vicarios, consejo pastoral diocesano, delegaciones episcopales. También con las parroquias hermanas, en primer lugar con las del mismo arciprestazgo, «unidad básica de pastoral de conjunto planificada», y con las demás parroquias, y todo esto vivido con y desde el amor, pues como dice Benedicto XVI (DCE, 18) “Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento...una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor”.

Aunque la parroquia por esta dependencia no es una comunidad eclesial completa como lo es la diócesis, sino elemental y limitada, lo es íntegramente a diferencia de otras comunidades, grupos y movimientos, que lo son parcialmente porque subrayan únicamente algunos o varios aspectos o dimensiones de la Iglesia.

La parroquia, «comunidad de todos los bautizados», asume el conjunto de la tarea evangelizadora: primer anuncio, crecimiento y maduración en la fe de quienes acogieron el kerigma, celebración y acción pastoral. Favorece, además, un clima de hogar, íntimo y familiar, y facilita el anuncio del Evangelio al hombre junto al que vive y conoce directamente, sin intermediarios.

Por no ser toda la Iglesia, sino una porción viva de la Iglesia particular, no tener toda la riqueza de ministerios y carismas, ni ser capaz de realizar ella sola toda la labor evangelizadora de la Iglesia, la parroquia es una realidad eclesial insustituible pero insuficiente¹⁹.

Insustituible e imprescindible, porque es la dimensión ordinaria de la Iglesia para la mayoría de los cristianos, que necesitan de encarnaciones concretas que reflejen la totalidad armónica de sus funciones; permite vivir de manera encarnada el mensaje evangélico; es el espacio adecuado, con frecuencia el único, para la iniciación cristiana y la educación en la fe; la estructura eclesial más común y presente en todos los lugares; su historia está cargada de naturalidad y, por último, es la encarnación de la Iglesia que entra en contacto con mayor número de personas.

¹⁹ JUAN PABLO II, *Discurso a los obispos de Lombardía en su visita “ad limina”* (febrero de 1987). CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Congreso Parroquia Evangelizadora, Madrid 1989; SINODO DE LOS OBISPOS DE EUROPA.

Pero insuficiente, porque por sí sola es incapaz de realizar toda la misión evangelizadora; al no disponer de todos los carismas y ministerios, necesita de otras instancias en las que apoyarse: diócesis, arciprestazgos, zonas, delegaciones, movimientos; porque al ser el número de los alejados mayor que el de los practicantes, una buena parte de la población escapa a su influencia. La acción pastoral desborda sus posibilidades.

2.2. Deterioro y empobrecimiento.

La concepción benefical y territorial fue recogida en el canon 216 del Código de Derecho Canónico del año 1917, que da esta definición de parroquia: «Parte de la diócesis, pueblo determinado, Iglesia peculiar, pastor propio, el cual tiene el oficio y beneficio de la parroquia».

El modelo de parroquia contenido en esta definición es más jurídico que pastoral, más benefical que servicial, y devocional más que comunitario. El dinamismo misionero queda, en la práctica, anulado, se hace imposible la pastoral de conjunto y nacen rivalidades y competencias entre el clero secular y el regular.

2.3. Sospechas recíprocas.

En la crisis posconciliar del Vaticano II que afectó de manera extraordinaria a las instituciones, entre las que se hallan las parroquias, se produjo un fuerte rechazo de estas, primándose casi en exclusiva los elementos carismáticos y espirituales, contraponiéndolos a los institucionales, a lo que se desposee de cualquier atisbo carismático, llegándose a negar la coesencialidad y coexistencialidad existentes entre ambos aspectos de la única Iglesia de Cristo.

Cierto es que algunas instituciones, entre ellas la parroquia, habían llegado, como queda dicho, en un estado muy precario, y necesitaban de una urgente revitalización que había que hacer no precisamente por eliminación, negación o rechazo, sino por una reforma y renovación serias, que las capacitase de nuevo para volver a prestar los innumerables servicios que tradicionalmente habían venido prestando.

Los nuevos movimientos, al menos bastantes de ellos, recelan y sospechan de la estructura parroquial no porque nieguen o rechacen

su existencia e importancia, sino por que estiman que su funcionamiento se ha anquilosado de tal manera que ha dejado de tener significación, por exceso de burocratización, escaso celo misionero y grandes dosis de conservación y ya se sabe que lo que sólo se conserva termina perdiéndose, como el que recibió un solo talento en la parábola evangélica.

Las normas, cumplimientos, rutinas, funcionariado, ritos codificados, han ocupado en buena medida el lugar de la vida, el testimonio y la misión. Una estructura parroquial así, gélida y sin intimidad ni gratuidad evangélicas, tiene escaso poder de convocatoria real para aquellos cristianos que, habiéndose encontrado con Cristo, necesitan de espacios eclesiales vivos, en los que resuene la Palabra, para acogerla, vivirla personal y comunitariamente, y proclamarla desde las azoteas y terrados del mundo. Entre estos cristianos se hallan los miembros de nuevos movimientos, que encontraron en sus grupos y comunidades aquello que no supieron ofrecerles las parroquias. Otros muchos bautizados, desgraciadamente, tal vez, se perdieron para siempre cuando abandonaron el hogar parroquial, porque el calor que necesitaba su fe, para crecer y madurar, fue insuficiente.

También las parroquias manifiestan ciertas quejas y sospechas, algunas de ellas bien fundadas, hacia los nuevos movimientos, entre otras: la captación, por parte de los movimientos, de cristianos significados, a los que desvinculan de la vida parroquial, coadyuvando con ello a un mayor empobrecimiento de la parroquia, pues su presencia e incidencia se reduce, en ocasiones, a echar la caña o la red y pescar los mejores peces, sin ofrecer nada a cambio. Toda la entrega y el dinamismo que muestran hacia el interior del propio movimiento se convierte a menudo en pasividad hacia las necesidades y posibilidades parroquiales. Si este proceder se diera sólo en aquellas parroquias en vía muerta, podía hasta ser comprendido, pero nunca puede serlo en aquellas otras suficientemente revitalizadas y renovadas en línea comunitaria y misionera. Además, hay parroquias que consideran que ciertos movimientos se configuran como verdaderas parroquias paralelas, en iglesias en pequeño, con sus propios ministros en todos sus grados, lo que según A. Guerra tiene sus ventajas, pero igualmente sus inconvenientes, porque se desvinculan del todo de la parroquia, crean conciencia de no necesitar de los demás, realizan como una huida de los «pecadores», lo que es incompatible con el sentido de universalidad, de comunión y, en definitiva, de Iglesia de las parábolas²⁰.

²⁰ A. GUERRA, *Nuevos movimientos en la Iglesia de hoy*, CONFER, 109.

2.4. Perfil de una parroquia renovada.

Parroquia y movimientos están, sin embargo, llamados a entenderse, porque como realidades del único cuerpo de Cristo, la Iglesia, no pueden caminar por libre. Desde el principio de «unidad en la diversidad» han de situarse al servicio del Reino de una manera complementaria en el seno de una pastoral conjuntada y coherente, nunca unívoca, uniforme o monorraíl, en la que cada cual ponga a contribución los propios dones para que la Iglesia crezca hacia su plenitud²¹.

Movimientos y parroquias ni se excluyen ni contraponen ni pueden considerarse a sí mismos como alternativas absolutas e independientes. Tampoco minusvalorarse, menospreciarse o sentir recíproca indiferencia. Por el contrario, es necesario subrayar «la importancia de poner en pie una relación correcta de coordinación y buena integración entre la comunidad parroquial y los distintos movimientos eclesiales»²², lo que se traducirá, sin duda alguna, en un mutuo enriquecimiento y, por lo mismo, de la Iglesia.

La posible y necesaria integración y coordinación entre parroquia y movimientos exige, en primer lugar a las parroquias unos esfuerzos muy concretos de renovación, que la adecuen para el abrazo fraternal y dejen de ser «comunidades imposibles»²³.

Hacer de la parroquia un hogar. Muchos bautizados, hoy alejados, conocieron en algún momento de su vida a la Iglesia. No les fue bien y abandonaron. No se trata de buscar culpables, pero sí ha llegado la hora de invitarles de nuevo al hogar común, a través de la nueva evangelización. Pero, si deciden regresar, han de encontrar unas parroquias renovadas y reconvertidas, punto de partida válido para una nueva sociedad, fundada sobre la "civilización del amor", y expresión de la comunión que debe ser la Iglesia²⁴, como dice *Deus caritas est*, "la historia del amor de Dios con Israel consiste, en el fondo, en que Él le da la *Torah*, es decir, abre los ojos a Israel sobre la verdadera naturaleza del hombre y le indica el camino del verdadero humanismo" (n 9).

²¹ Cf Ef 4, 7-16.

²² SÍNODO DE LOS OBISPOS DE EUROPA.

²³ GAMO, *La parroquia, comunidad imposible*, Bilbao.

²⁴ RMI 51.

Anuncio y misión. La parroquia, recreada como comunión de fe y de vida, se convierte espontáneamente en comunidad de servicios y ministerios, porque toda comunión es para la misión que el Resucitado encomendó a su Iglesia.

Cada hermano sirve al hermano y todos a la Iglesia y al mundo. Desde la comunión, todos los miembros son activos y responsables de la misión, no de la misma manera, sino diferenciadamente, conforme a vocación y carisma.

Iniciada la «comunión comunidades» es posible dar comienzo a la nueva evangelización; al anuncio y a la misión, es decir, al ofrecimiento a todos los bautizados del Evangelio y de la parroquia; como el hogar de todos, renovado y preparado para sentarlos a la misma y única mesa del único Señor. De esta manera el anuncio «claro e inequívoco del Señor Jesús»²⁵ llega precedido del valioso y primor dial testimonio de unos hermanos que intentan vivir con coherencia lo que anuncian, en el seno de la comunión de comunidades que es la parroquia.

Hay que dejar bien claro que la tarea de renovación de la parroquia, aunque difícil, no es imposible y, además, puede ser un trabajo apasionante. Bastantes la han emprendido con espléndidos resultados. Hace falta que todas las parroquias se pongan «en marcha por los caminos del mundo para anunciar el Evangelio, para confirmar a los hermanos en la fe, para consolar a la Iglesia, para encontrar al hombre»²⁶. Y hay que hacerlo «huyendo de la desilusión, el cansancio, la acomodación al ambiente, el desinterés y, sobre todo, la falta de alegría y de esperanza»²⁷.

En las parroquias renovadas como «comunión de comunidades para la misión», es posible, además, la corresponsabilidad entre los diferentes carismas. Laicos, consagrados y ordenados; grupos, comunidades, asociaciones y movimientos son necesarios y, desde sus propios carismas complementarios, las vocaciones, carismas, ministerios, estilos de vida y métodos de acción están llamados a hacer realidad el deber fundamental del pueblo de Dios: la misión²⁸.

Todos activos y responsables. Todos agradados por el mismo Espíritu de manera orgánica y diferenciada para la obra de edificación de la

²⁵ EN 22.

²⁶ RMI 63.

²⁷ EN 80.

²⁸ AG 35.

Iglesia y de construcción del mundo nuevo. De esta manera, todos, a su modo, cooperan unánimemente a la obra común²⁹.

Cauces en los que se expresa esta corresponsabilidad son los consejos pastorales parroquiales, en los que ha de estar representada realmente toda la pluriforme realidad viva de la parroquia; los ministerios laicales reconocidos o instituidos, que configuran el quehacer parroquial en un espíritu y estilo serviciales, y el fomento del diálogo pastoral, que hace posible el paso del individualismo al trabajo en equipo, de la inhibición a la gozosa colaboración, del protagonismo al sentido de entrega; de la preocupación obsesiva, sistemática y pesimista a la acción constructiva y confiada en el Espíritu.

2.5. Actitudes y comportamiento de los movimientos.

A los movimientos toca también, por su parte, en orden a un buen ensamblaje con las parroquias, rectificar algunas actitudes y poner en práctica algunos comportamientos.

En cuanto a las actitudes:

— No prescindir de la parroquia. La necesitan como comunidad de referencia concreta e inmediata. En ella pueden tocar con facilidad la tierra bendita del Señor con una cercanía mayor que en otros ámbitos o espacios eclesiales.

— No huir del compromiso pastoral diocesano, que con mayor nitidez y urgencia llega a los talleres parroquiales, por ser la parroquia «lugar privilegiado de la pastoral ordinaria, de la corresponsabilidad y de la dinámica misionera».

— No aislarse de los «parroquianos», que tal vez no vivan un cristianismo tan enriquecido, ni con tantos medios y facilidades como los que ofrecen muchos de los movimientos a sus miembros, pero no por ello dejan de ser hermanos con los que pueden compartir su riqueza espiritual, evitando al mismo tiempo cualquier concepción elitista de la vida cristiana y la tentación del «individualismo aristocrático».

²⁹ Cf LG 30.

— No cerrarse al sentido de universalidad que les ofrece, dentro de sus límites y pobreza, la estructura parroquial, excelente antídoto para evitar el riesgo, de convertirse en parroquias paralelas, o en alternativas a la parroquia. Los carismas distinguen pero no separan, y son «alma vivificante dentro de la institución».

En lo que hace a los comportamientos:

— Integrarse con humildad y generosidad, como reiterativamente les pide el Papa, no sólo en la estructura diocesana, sino también en la parroquial. El eslogan «Cordial acogida y humilde inserción» es aplicable a la Iglesia particular y a la parroquia.

— Soportar con paciencia las deficiencias y limitaciones de una institución tan secular pero, al mismo tiempo, con una gran capacidad de renovación, reforma y actualización.

—Ayudar a la revitalización parroquial, no sólo desde la denuncia profética, siempre necesaria, sino ofreciéndose a los pastores para, en comunión con ellos, elevar el tono de la vida y acción parroquiales.

—Vivir desde el realismo evangélico de las parábolas del Señor, en cuyos campos crecen y coexisten trigo y cizaña, pero únicamente Él conoce quién es trigo limpio y quién no. El reparte los talentos como quiere, a unos menos y a otros más, pero todos tienen la facultad de multiplicarlos hasta el techo de sus posibilidades. Unos trabajan en su viña más o menos horas, pero todos reciben el mismo jornal, los últimos igual que los primeros. No todas las semillas caen en la misma tierra, y por consiguiente no todos crecen y maduran con la misma fuerza, ni en las mismas fechas.

2.6. Complementariedad entre parroquia y movimientos.

Supuesta la renovación parroquial, y supuesto también el cambio de ciertas actitudes y comportamientos de los nuevos movimientos, es posible el abrazo cordial, la comunión entre las dos realidades. La «coesencialidad» y la «coexistencialidad» entre el carisma objetivo (la parroquia) y el carisma subjetivo (los movimientos) así lo exigen. El resultado es un recíproco enriquecimiento, dadas las múltiples prestaciones complementarias que pueden hacerse.

La parroquia renovada ofrece a los movimientos espacios de vivencia comunitaria de la fe, facilita el arraigo en el suelo nutricio de la

Iglesia, en cuanto expresión de la Iglesia particular, en la que se hace presente la Iglesia universal; el gozo de vivir esa fe desde el «sustancial cristiano», que une sin exclusiones a todos los bautizados; las diferentes sensibilidades encuentran en ella el hogar común, natural, espontáneo y ordinario, siempre cercano y al alcance; abre las posibilidades de estar al día de la pastoral globalizada, dirigida en general a la comunidad diocesana; un excelente campo de captación de nuevos miembros para los movimientos, a los que si no desvinculan definitivamente de su seno, no tiene por qué significar empobrecimiento alguno sino, por el contrario, enriquecimiento para la parroquia y personal para el adepto, que aporta, comunica y comparte en ella sus nuevas experiencias, produciéndose así un fructuoso trasvase de la parroquia a los movimientos y de los movimientos a la parroquia.

Los movimientos por su parte, ofrecen a las parroquias caminos, métodos y campos operativos muy diversos, sobre todo ambientales y sectoriales, que la oxigenarían y harían saltar el apretado corsé que puede significar el espacio geográfico parroquial. También una sana y necesaria desclericalización, por la promoción que hacen los movimientos de un laicado cristiano adulto. Otra aportación, tal vez la más importante, es la fuerte experiencia de encuentro real, vital e íntimo con el Señor³⁰, por encima de abstracciones doctrinales, casuísticas moralistas y ritualismos vacíos, que en demasiadas ocasiones atenazan la vida de las parroquias. También la vivencia de universalidad al estar presentes en muchas partes del mundo y en ambientes muy distintos, lo que favorece salir de sus «casillas» y de sus «cosillas» a las parroquias, y abrirlas con mayor facilidad al trabajo misionero y evangelizador en el mundo en la dirección del fermento en la masa. Por último, los mismos carismas específicos de cada movimiento, sea el misionero, el formativo, la opción por los pobres, el mayor estímulo de la vida espiritual, etc., integrados en la parroquia, potencian y multiplican su pluriforme maternidad eclesial.

3. «Caridad recíproca» entre movimientos.

La comunión entre movimientos es otro de los niveles de comunión eclesial que hay que salvaguardar. Saben bien los movimientos que la unidad carismática y la subordinación de todos los carismas al carisma de los carismas, el amor, es lo que hace imposible en la Iglesia el atropello, la prepotencia y la dictadura de unos sobre otros,

³⁰ DCE. "...sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (n 1).

y facilita el respeto, la escucha y colaboración, en una palabra, la fraternidad eclesial, que es el camino más excelente³¹. La referencia obligada al amor evita las tentaciones autárquicas, la dispersión y la rebelión carismática.

Los nuevos movimientos no pueden alcanzar la plena madurez, si no dan, frutos de comunión, como les decía el Papa en el discurso de Pentecostés de 1998. Y ellos están decididos a obedecer y vivir la comunión en todas sus direcciones. En tres eslóganes concretan los movimientos esta voluntad de comunión: «Hacer la paz», «Cordial acogida y humilde inserción» y «Caridad recíproca».

«Cordial acogida y humilde inserción» se halla referido a la comunión con la Iglesia universal desde la Iglesia particular y la parroquia, y es debido al cardenal Moreira Neves, que lo dedujo teniendo como base la encíclica de Juan Pablo II *Redemptoris missio*.

«Hacer la paz» con los hombres y el mundo. Propuso este eslogan Andrea Ricardi, en el encuentro de movimientos de Speyer de 1999 y, además, explicó su significado con estas palabras: «Todos pueden hacer la guerra, nosotros podemos hacer la paz; una paz diferente de la que el mundo da. La caridad es el corazón de la paz. Nuestros movimientos poseen una fuerza, no de este mundo, no una fuerza armada y agresiva, sino una fuerza débil, una fuerza de paz»³².

El tercer eslogan, «caridad recíproca», está referido a la comunión entre movimientos fue acuñado por Chiara Lubich también en Speyer en una de sus intervenciones y, según ella explicó, significa: «Poner el propio carisma al servicio de los otros» y «dar fin a las presunciones entre movimientos».

De la comunión con la Iglesia, desde la «cordial acogida y humilde inserción», ya hemos hablado. De «hacer la paz» con el hombre y con el mundo se tratará al abordar la evangelización y la nueva evangelización. Ahora procede detenerse en la «caridad recíproca», es decir, en la necesaria comunión entre los movimientos y asociaciones afines, en los pasos dados en esa dirección, desde la fórmula ya clásica en eclesiología y ecumenismo de «unidad en la diversidad».

³¹ Cf 1 Cor 12, 31; 31, 4-8; 14, 1.

³² Séller 99. *Una etapa decisiva*, Ciudad Nueva 356 (julio de 1999).

Unidad en la diversidad

La unidad entre movimientos no es una comunión por asimilación, resultado de la mezcla o confusión de todos en uno. Tampoco consiste en la creación de una gran fuerza misionera, a costa de la pérdida de la libertad y de la propia manera de ser de los miembros. Ni de una estructura más de las muchas que existen ya en la Iglesia, con lo que se ganaría, tal vez, en objetividad, pero se perdería en subjetividad.

La uniformidad con despersonalización carismática, empobrecimiento de la rica gama de dones con los que el Espíritu Santo colma a su Iglesia. Los movimientos son diferentes, «pero todos son hijos de una única gran estación carismática. Viéndolos actuar en la vida cotidiana se podrían notar las diferencias, pero contemplándolos juntos se descubre un único designio: la Iglesia entera entra, con simpatía, a lo largo de los caminos del mundo que parece que ha dejado a Dios»³³.

Es una comunión que respeta la diversidad carismática, así como la multiplicidad de formas, sensibilidades e historia. Es decir, «unidad en la diversidad». «Cada movimiento es distinto del otro, pero todos están unidos en la misma comunión y en la misma misión»³⁴. Unos años antes el mismo Juan Pablo II ya había dicho: «Los movimientos eclesiales, que se caracterizan precisamente por su impulso misionero, están llamados a un compromiso especial con espíritu de comunión y de colaboración»³⁵.

La diversidad, cuando no rompe la unidad fundamental, no es limitación, sino enriquecimiento. Los movimientos constituyen una multiplicidad carismática, pero «vivida en la unidad de la fe, de la esperanza y de la caridad, en obediencia a Cristo y a los pastores de la Iglesia»³⁶.

La comunión en «caridad recíproca» consiste en no ser solamente uno, sino hacerse uno hasta el punto de depender unos de otros y hacer que las caridades complementarias experimenten la alegría, la sorpresa, y acojan la diversidad como una riqueza³⁷ en amar a todos y ser los primeros en amar. Amar a los miembros de los demás movimientos como a los del propio. Dar el primer paso, aunque sólo

³³ A. RICARDI, CITADO EN Séller 99. *Una etapa decisiva*, a.c.

³⁴ JUAN PABLO II, *Discurso del Encuentro de los Movimientos eclesiales*, o.c.

³⁵ ID, Ángelus (23 agosto 1987). Cf *Homilía de la Vigilia de Pentecostés de 1996*.

³⁶ ID, *Discurso a los participantes en el Congreso Mundial promovido por el Pontificio Consejo para los Laicos*, o.c.

³⁷ Cf S. Martínez, citado por A. CARRERAS, A.C.

sea con una sonrisa. De esta manera se realiza el amor recíproco y se es verdaderamente discípulo del Señor, desaparecen «las presunciones entre movimientos» y se «pone el propio carisma al servicio de los otros», dijo Chiara Lubich en Zagreb y en Speyer.

El amor recíproco es también apertura, disponibilidad, sincera colaboración entre movimientos y otras realidades eclesiales ante un mundo dividido³⁸ y unidad de doctrina, de sacramentos y en una apostólica y dinámica universalidad, así como en un profundo amor a María³⁹.

La comunión tiene la dirección de la misión. Esta fue una de las más importantes directrices del Vaticano II que Juan Pablo II refirió en su discurso de Pentecostés de 1998 a los movimientos, en la perspectiva de unidad en la diversidad para la misión.

Los nuevos movimientos quieren poner en práctica estas orientaciones del magisterio para «hacer cada vez más visible el deseo de Jesús de que la Iglesia esté unida, que sea creíble para la evangelización»⁴⁰ y poder así, en palabras de Andrea Ricardi, «entrar con simpatía, a lo largo de los caminos del mundo».

Comunión, también, para el recíproco enriquecimiento, porque refuerza la identidad de cada movimiento y ayuda a que cada cual viva su don específico. Salvatore Martínez, en el encuentro de Madrid, al referirse al futuro congreso de movimientos sobre el tema de la oración, dijo que se celebraría para «enriquecernos, conociendo cómo cada movimiento, cada comunidad, cada asociación laical, vive su oración, para comprender lo grande que es la obra del Espíritu, y en la confrontación, reforzar cada identidad, pues en el diálogo eclesial cada realidad se refuerza, no se empobrece, y toma conciencia de su propio don con más autenticidad, y es ayudado por los otros movimientos a vivirlo como don específico.

³⁸ JUAN PABLO II, *respuesta a la felicitación de Navidad de 1998 de Chira Lubich*, Ciudad Nueva 353 (abril de 1999).

³⁹ J. CASTELLANO, teólogo carmelita, invitado especial en Séler 1999.

⁴⁰ S. MARTINEZ, ENCUENTRO DE MADRID (22 DE ENERO DE 2000).